JUEVES

Bucear sin agua



Colección Encendida

2018

Jueves bucear sin agua / María Celeste Aichino ... [et al.]. - 1a ed.
- Córdoba : Borde Perdido Editora, 2018.
128 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-3942-53-2

1. Narrativa. I. Aichino, María Celeste
CDD A863

Este libro es parte de un proceso creativo que dimos en llamar *Jueves. Bucear sin agua.*

© María Celeste Aichino, Sofía De Mauro, Mónica García, Carina Mansilla, Maia Milman, Verónica Montenegro, María Elida Morales Miy, Natalia Palomeque, Maricel Vázquez.

Ficha Técnica
Borde Perdido Editora

Diseño integral y dirección editorial
Sebastián Maturano

Contactos
bordeperdidoeditora@gmail.com
Instagram: Borde Perdido Editora
Facebook: Borde Perdido Editora
bordeperdidoeditora.wordpress.com

Los izquierdos de cada obra pertenecen a sus autores.
Realizado en la Cueva del Borde. La inocencia del justiciero placer.

Para mí,
para vos,
para todas

Te invito a volar
Decidirse a viajar sin rumbo ni destino,
sin tanto equipaje
Comenzar a transitar un camino
sin saber a dónde llegará
Y los trazos, aunque parezcan obsoletos
toman vida propia e inician la andada
Recuerdos, ideas, vivencias, divagues,
todo cuenta a la hora de largar
sin saber de dónde se viene
ni a dónde se va
Memorias leídas,
personajes atrapados,
familias de ficción
nos trasladan a esa realidad.
Este viaje termina en cada punto
y luego vuelve a empezar
Las comas son paradas, descansos,
recesos inspiradores de cada lugar
Es un ida y vuelta fantástico e increíble,
el alma transporta
Cada quien te ataca, te protege
y con un trazo iniciás la retirada o creás defensas
Estrategias que se mimetizan
entre textos propios o ajenos
No hay metáfora
que colme nuestras expectativas,
simplemente leer y escribir es viajar,
volar, liberar la imaginación,
soltar las riendas del corcel indomable

y no permite censuras
Una teoría no explica todo, ninguna
A veces una buena historia,
una cierta manera de combinar los sonidos,
dice más y mejor sobre el mundo,
sobre lxs otrxs, sobre nosotrxs
Hacer y deshacer,
moldear una forma a nuestros ojos
y quizás ante otrxs signifique algo más
Entrar en mundos distintos
y hacerlos propios,
crear nuestro mundo e invitarlxs a pasar
Es magia que si no se vive
no se puede imaginar

1. Maldiciones

No te deseo la cárcel,
ni por tu pasado ni por tu presente.
Deseo tu futuro siniestro,
con mucho amor a tu alrededor
mientras me tengas en tu mente.
No quiero dolor en tu vida,
tampoco lo quiero en la mía.
Quiero que tu ausencia y tu distancia
evoquen siempre mi cercanía.
No añoro un futuro a tu lado,
la lujuria y el deseo murieron junto a mis días acá.
Quiero mi vida de nuevo, no la tuya.
Quiero que vivas eternamente,
y que mueras a cada instante
cuando mis besos no tengas a tu alcance.
No quiero dolor en mi vida;
pretendo lamer mis heridas y seguir sanando.
Tu ausencia será mi eterna cicatriz.
No te deseo la cárcel,
ni por tu pasado, ni por tu presente, ni por tu futuro.
Solo deseo que tengas mucho amor,
y que no puedas amar,
que tengas buena memoria,
y no la puedas borrar,
que saldes todas tus deudas,
que te perdonen, pero que no puedas perdonar.
Quiero que te odien, pero que no puedas odiar.
Quiero que seas libre, pero que tu conciencia

no pueda gritar ¡Libertad!
Lo quiero todo, incluso a vos;
pero no quiero que llores, porque tus lágrimas no son de verdad.

2. Marche presa. ¡Perdiste!

Paredes frías, ruidos metálicos, puertas que se abren y cierran de acuerdo a normas escritas por el hombre y ejecutadas por mujeres, hacia el mismo género pero diferentes circunstancias, el yo adentro, el usted afuera. Despertar y diagramarte el día para que el tiempo/espacio se haga llevadero y se acorte la estancia. La noche, momento donde me permito salir, mi mente pasea entre situaciones pasadas, presentes o futuras, pero donde mi conciencia es el único testigo de mis aciertos y equivocaciones.

Perder, esa fue la palabra que escuché cuando caí detenida y creo que sí es esa palabra la que contiene todo lo que me está pasando a mí y a mis compañeras de cárcel, pues perdemos no solamente nuestra libertad sino que también perdemos seres queridos que se alejan, olvidan e incluso avergüenzan de que nos pase esto. Cómo pudimos, se preguntan, qué nos llevó a hacer algo tan incorrecto. Yo les voy a contestar a quienes quieran escuchar las respuestas.

Esta mujer que se equivocó, que hizo y que está presa de su error, es esa mujer a la que cuando necesitaron una mano, un oído, una acción o bien que apague fuegos ajenos, siempre estuvo. Esa mujer a la que no le importó su propia consecuencia, su propia preocupación de no dejar priorizar al otro u otros. Esa mujer, en nombre de todas, les dice: sí, fui yo, pero tengo el orgullo de poder haber hecho cosas que ayudaron a mis seres amados y, si me equivoqué en la forma, me disculpo, pero como

el pago de la factura ya está emitido saco mi billetera personal, que acá sería mi vida (y la moneda) y lo pago con la frente alta.
Moraleja: Cuántas personas de bien pueden decir lo mismo y no sentirse sucias.

3. Propongo y dispongo

Vos, que leíste mi tierna declaración de amor a tus jocosos compañeros de sexto grado
Vos, papá, que creíste la pintada que me acusaba de puta cuando todavía no había dado mi primer beso, que dejaste pasar el precioso momento de decirme "Hija, estoy con vos siempre, los hombres podemos ser unos idiotas"
Vos, mamá, que me enseñaste que sexo y miedo están entrelazados, que lo potencial reproductivo anula cualquier gozo, que mejor macho atado que cien volando
Vos, amigo, amiga, que me hiciste sentir una gila por no haber transado a los dieciséis, por no haber cogido a los dieciocho
Vos, que sabías de mi virginidad y decidiste divulgar lo desilusionado que estabas de mi inexperiencia
Vos, que me buscaste hasta que cedí, solo para también inventar que mi cama no estaba a la temperatura de tu calentura
Vos, que te aprovechaste de lo que me gustabas para saciar tus pa(sa)jeros deseos
Vos, amorcito, que pensaste que porque era tu novia disponías de mi cuerpo cuando se te ocurriera, que forzaste mis ganas, por las buenas y por las malas
Vos, querida, que rodeás tu cogote con el pañuelo verde pero abandonás la sororidad cuando sentís amenazada tu chance sobre el hombre que nos calienta a ambas
Vos, guacho, guacha, marica, que decís con tu mueca que estoy grande para el deseo, que mirás con desprecio

la danza serpentina de mi cuerpo de 35 que algunas noches parece de 40, quizás 45
Tantos vos, tantos voses, tantas voces
Tanto dedo acusador, tanto cuerpo dispuesto a cancelar mi fuego incluso al costo de apagar el suyo
Tanto respeto por la convención, tanto sostener el prejuicio
Si hay algo a lo que no voy a ceder es al ridículo
No al de la etiqueta de mujer puma sino al de vivir para complacer un deseo ajeno, un mandato payasesco de que el hombre proponga y la mujer disponga
Quiero truco, retruco y vale cuatro
Y si pierdo la partida, repartime nuevos naipes que no me conformo con flor ni paraguaya
Que no me canso de jugar aunque me toquen malas cartas

5. Maldiciones de Sofía

Es muy fácil pedirte que simplemente no me escribas más
que desaparezcas
que te vayas
que no vuelvas
que no me mires
que no me roces
que no me invoques.
Ni en tus pensamientos, ni en tus sueños, ni con tus palabras.
Pero no me interesa
esa forma tan poco natural
esa forma tan dócil
de dejarte pasar.
Quiero, en cambio,
que te pudras
que se te caiga la lengua cada vez que intentes pronunciar mi nombre,
cada vez que intentes siquiera decir algo de mí.
Que se te caigan las extremidades cuando te aproximes.
Que se te caiga el pelo, se pulverice y te atragantes con esos vestigios
y ya no puedas respirar.
Y así, sólo así, ya no te puedas acercar
ni verme, ni llamarme, ni rozarme, ni invocarme.
Porque ya no vas a estar más, ni para recordarme.

6. El rostro se acerca

El rostro se acerca,
en la oscuridad.
Te envuelve
el calor de un torso otro,
su
- sabor de
- aliento a

fragmentos mentolados.

El dorso de una nariz,
hundiéndose entre tu pelo negro,
como el callejón,
como tus párpados,
como todo lo que lxs rodea, esa noche.

Se aproxima,
en la niebla
-Vos sos solo un número,
nada más-,
dice.
Y aplasta, con las botas recién lustradas,
el pedazo de cono mentolado
que se
- agranda
- agiganta

tragándolo todo,
hasta el dorso del cuello
y las orejas,

hasta la mirada perdida
y los pasos vacíos,
alejándose
en la oscuridad.

7. Imagino

¿Imagino? Lo veo, lo siento,
cuán perfecto fue lo nuestro,
para que sigas viniendo.
Descansa, amor, ya voy a ir.

8. Testigo privilegiado

La tarde caía en la sala médica de la penitenciaria. La doctora Silverman despedía al último paciente. Sonó el teléfono y Bruno, el guardiacárcel que custodia este servicio, lo atendió. Milena, la enfermera, terminaba sus labores, pero no le sacaba la vista de encima. En ese momento, sus miradas se cruzaron, la sostuvieron más de lo permitido, insinuantes, desafiantes, provocadores, en un juego que siempre hacían. Se podía oler el deseo, pero no se daba aún el momento. No podían pasar de eso, una mirada penetrante que lo decía todo.
-Hasta mañana- dijo la doctora Silverman y la puerta se cerró tras ella. Anochecía. Milena fue a la sala de internación a controlar a sus pacientes; todo bien, todos dormían. Bruno, anticipando los hechos, puso llave a la puerta de entrada. Estaban solos.
Milena fue al *office* a guardar las historias clínicas. Sin que ella escuchara, Bruno entró y la tomó por la espalda, la abrazó, le besó el cuello. Ella se entregó. Tanto deseo reprimido dio rienda suelta a la más sórdida pasión. La camilla se transformó en ardiente lecho de amor y, así, como si estuvieran solos en el mundo, se amaron hasta quedar exhaustos. Sin decir ni una palabra, se entregaron al deseo y al placer que por mucho tiempo habían guardado.
Descansaron un rato. Se besaron y amaron otra vez. Ya era entrada la noche cuando él se levantó, se vistió y se fue. Solo se miraban, las palabras sobraban. Allí quedó ella, desnuda, tendida sobre la camilla, inerte, sin poder

reaccionar. Perdida todavía en la profundidad del mar de la pasión irrefrenable en la que se había sumergido. Cuando pudo salir de su letargo comenzó a vestirse lentamente, como desandando el camino. Se acercó al espejo, se peinó, se retocó el maquillaje. Fue ese el momento en que tomó conciencia de que la cámara de seguridad, como testigo privilegiado, le guiñaba el ojo.

9. Breve reseña de alguien que no es nada

Le pedí específicamente que usara forro, que estaba en mis días más fértiles y no tenía ganas de un quinto chico. Pero no. Tuvo que engañarme, tuvo que presionarme, tuvo que violarme. Mi amorcito, mi marido, mi guacho. Recé a todos los santos para que, por favor, no me quedara embarazada. Pero los santos tampoco me escucharon, tampoco me hicieron caso. Y la cosa empezó a crecer. No me juzguen, amo a cada uno de mis chicos, pero esto era una cosa, horrible. Náuseas había sentido. Con Martín y Cecilia. Con los más chicos, no. Pero estas no eran náuseas, era la sensación permanente de que me comían desde dentro.

El embarazo avanzó, mi panza crecía y esa cosa también. Nadie me entendía, así que dejé de decirme y empecé a fingir alegría. “Cuando venga el nuevo hermanito vamos a ir todos juntos a celebrar”. Hasta nombre le pusimos. La bestia de mi marido no entraba en su cuerpo de la dicha. ¡Qué macho se sentía por depositar sus genes en mi cuerpo!

Llegó el día del parto. Las contracciones eran puñaladas que me doblaban, me rajaban, me destrozaban. “Es un varón”, dijo el médico. “Es sanito”, agregó. Pero yo sabía que su salud era el resultado de haber exprimido cada posibilidad de vida para mí.

Esa cosa, que todos llamaban bebé, cuyo nombre fue Matías, como el papá, quitó a través del cordón umbilical mucho más que nutrientes. Extrajo mis emociones, mi capacidad de sentir. Desde su nacimiento, no, antes,

desde su concepción que soy incapaz de reír, llorar o incluso angustiarme. Soy una muerta en vida. Pero no se diga que no sé fingir. Ni que la cosa no simula bien su comportamiento humano.

10. Terror cibernético

En inmediaciones del paraje desolado "La Renga", fueron hallados esta mañana del lunes 16 de junio de 2072 los restos fosilizados del cadáver de una mujer junto a una antigua computadora que, se supone, era de su propiedad.
Según las averiguaciones y peritajes realizados hasta el momento, se trataría de uno de los últimos testimonios de lo que fueron los "años de los muertos vivos". No se trata de una leyenda, sino de una práctica que era muy común hace más de un lustro atrás. Relaciones incestuosas, pedofilia, zoofilia, necrofilia y fantasmas llegaron a convivir en una sociedad de lo más liberal.
Al parecer, en este caso, se trataría de una mujer que mantenía una relación cibernética y erótica con su hermano que todos creían muerto, pero que se hallaba viviendo en "La Renga" y había huido de una esposa sin escrúpulos que lo obligaba a someter sexualmente a los hijos menores de ambos.
Él, por su parte, eligió lo que más le gustó y cambió de residencia para mantener el anonimato haciéndose pasar por muerto. Adrián Llanes tiene hoy 80 años, y al recibir la noticia del fallecimiento de su amada hermana, echó por tierra la versión de su muerte anterior y se suicidó. Aún tratan de establecer las causas del deceso de la mujer, pero según informan fuentes judiciales, existiría una estrecha relación con la residencia de "Los 2 Hermanos" en el paraje "La Renga".

11. Juego de miradas

Miradas. A veces, cuando nos cruzamos con mi amigo, las sostenemos por largo tiempo mientras dialogamos. Esas miradas que empezaron como algo natural y sin pretender dañar a alguien, pues ambos, con parejas estables y con metas precisas, no buscamos en ningún momento alterar nuestra relación. Pero como todo en la vida, si tiene que ser, será y eso fue lo que nos llevó a vernos.
Comenzó con un gesto, un beso casi casi en la boca al despedirnos y tratando de vernos lo menos posible, pues la química que sentíamos en el ambiente cuando nos veíamos era insoportable.
Basta. Eso fue lo último que pensé cuando sus brazos me agarraron. Sentía, vivía, anhelaba y me fundía en su calor, su cuerpo, sus manos, su todo. Me llevó al límite de mis sentimientos.
Confusión y pasión no es una buena combinación. Pero el vivir este amor clandestino estimuló mi poder de valoración personal y me llevó a terminar con una relación estable pero insulsa y saltar dentro de esa olla hirviendo que es esta relación donde yo y él somos uno, donde hacer el amor apasionadamente tomó el significado que nos merecemos todas al momento del goce total de nuestras vidas.

12. Amor a la distancia

Ya llega la hora, se me acelera el corazón, los segundos se hacen eternos, el tiempo casi se detiene. Me acerco al teléfono… mi cómplice, mi nexo que une lo que la distancia separa, testigo privilegiado de cada momento en que al oír tu voz me siento cerca; tan cerca que casi puedo tocarte. Presiono cada tecla, con apresurada torpeza y espero paciente y, por fin, la magia de la comunicación, tu voz se escucha fuerte y clara, tierna, cálida, perfecta.

Me contás tu aburrido día y yo hago la crónica del mío, tan poco entretenido como el tuyo. Pero, el solo hecho de saber que estás ahí, esa cita ineludible de quince minutos me llena el alma. Palabras tiernas, chistes tontos, frases con doble sentido… Increíble que con tan poco se sostenga un amor tan grande y tan real, más profundo que el mar y más inmenso que el cielo. Ese cielo que puedo tocar cada vez que ese teléfono y esos quince minutos me permiten estar tan cerca tuyo, a pesar de la distancia.

13. Cosas

Hay un montón de cosas que son otra cosa.
El coso siempre sirve para todo,
está en todos lados pero nunca nadie lo encuentra.
Las cosas las tenés, las tocás, hasta las comprás.
¿Y el coso? ¿y los cosos?
Eso ya es otra cosa.
La cosa no es lo que parece.
Lo que parece a veces es o no es.
Es o no es, son o no son…
Mirá donde estoy, mirá lo que son las cosas.

16. ...

A ellx la esquizofrenia le venía

- por
- de a

ratos. Nada que ver con lo que decía Minguel. Toda esa idea de sistemas

- interconectados
- interrelacionados

en el cráneo, haciendo una electrocución de neuronas entre choque y choque, no le funcionaba. Adentro de sus paredes craneales sucedían otras cosas. Y afuera también.

Yo

Te

- *admiro*
- *odio*
- *aborrezco*
- *adoro*

Dr.

Minguel.

Cuando existía afuera, como

- *ustedes*
- *el resto de ustedes*
- *usted*

también creía que el tiempo que regía nuestras vidas era exactamente el mismo para todos los cuerpos.

-Tengo que irme, Luciana. Por favor, acomodá los

papeles que quedaron en el cuarto tres. Y prestale especial atención a la jauría del primer piso. Vos sos chica, no tenés tanta experiencia y estas mujeres son bravas. No peligrosas, porque están sedadas, pero conviene siempre mantenerlas a distancia.

Dr. Minguel: Querido, estimadísimo. Cómo nos conoce. Cuánto respeto y amor le producimos las lobas, ansiosas por saltar hacia…
Lxs gatxs, maullando en las esquinas, esquivando las secreciones corporales de los cuerpos que permanecen encerrados. Cuánta falta nos hace una mirada enérgica, una de tiranía Yang, capaz de imponerse y atarnos a la cama de fuerza, atarnos a su cuerpo imponente, a sus fracasos y temores de cabrío astillado.

-**No quedás totalmente sola, pero sí a cargo, durante unas horas. No puedo seguir esquivando esta serie de conferencias. Es uno de los congresos más importantes a nivel Latinoamérica, ¿te lo había dicho ya? Claro, sí. A veces olvido lo que cuento y lo que no, pero para resumir prácticamente me exigieron que fuera. No es fácil cargar con el reconocimiento de toda una comunidad encima, ¿no?-** Y Luciana hacía como que no con la cabeza, moviéndola de un lado a otro. Asintiendo cuando había que asentir y negando cuando el Dr. exigiera eso de su presencia.
-**Necesito preparar lo que voy a exponer**

mañana. Estas cosas se hacen con tiempo, nena. La improvisación no es una opción ni para un profesional como yo. Capaz, si tenés algo de suerte, algún día llegas a

- **entender**
- **saber**

de qué hablo...-Luciana, con esa piel transparente enfermiza, estudiante precoz que soñaba con ser algún día unx Drx. Minguel más.

Pequeña Lucianita, mi querida pequeña monstrua de cráneo pequeño e ideas reducidas. Todo es como dice el Dr. Minguel. Todo debe hacerse y reproducirse como él manda porque si no... Los ojos empiezan a tamborilear, a moverse en ritmo frenético y constante. Y, si tiembla la mirada, puede empezar a temblar todo el cuerpo. Y entonces tiembla la mente y las estanterías. La Institución se ve amenazada y las hermosas vidas suburbanas no deben ser puestas en riesgo nunca, por nadie ni en favor de nada.

-Mi número queda acá, anotado. Además, te paso mi número privado. Usalo con criterio, eh – Guiñando el ojo, dejaba el cuarto del Dr. Minguel. El cuerpo largo y el torso exageradamente derecho. Columna tirante, expandiéndose hacia arriba y acabando en el rostro de pelo encanecido, peinado hacia atrás.
Era provocador el Dr. Minguel, tenía esa mirada

- provocativa
- insinuante

● sugerente

y esa forma de jugar con su anillo sobre el dedo angular, hacerlo bailar mientras te hablaba de frente, clavándote mirada encima.

No fui yo la primera en ruborizarme ante él. O en mojar la ropa sucia, sentada sobre el caño de un asiento gastado o de una bicicleta imaginaria. "Haceme la ergometría sobre tu pecho", me hubiera gustado decirle, alguna vez. "Me subo a tu entrepierna y me balanceo en el Uno, dos salvaje", contarle eso, al oído. Hacerle una tarde de susurros propositivos, recorriendo su torso y sus antebrazos, acostándome sobre su vientre y succionando toda piel, todo engranaje…

El Dr Minguel jugaba con el anillo, lo ponía sobre la mesa o en su palma y lo hacía girar, sin mirar hacia abajo. Manteniendo sin afectación alguna el tono de voz y la mirada de siempre. Era el mismo anillo que se ponía en la punta del sexo, cuando se masturbaba en su oficina en los espacios que quedaban entre el tiempo reservado para el almuerzo y el de la paciente siguiente. Todas conocían historias sobre el anillo y el semen estallando, esparciéndose entre sus manos o entre

● las piernas de las pasantes más jóvenes.
● las tetas de las pasantes más jóvenes.

Todas, con excepción de su esposa, quizás, y de Luciana.

Dr. Minguel, experto en encajar la nariz en los bordes más

mojados de las repisas de archivos de la institución. Y experto también en introducirla en los rincones babosos de las señoritas conchitas que, a veces, llegaban al lugar haciendo obras de caridad. Expiación de culpa o frenesí por encontrarse con los cuerpos-adefesio internados en ese lugar. Ante las mujeres lobo, cualquier hombre, muchacha o niñx sensatx correría,

- *escabulléndose*
- *huyendo*

de la oscuridad y lo prohibido.

Luciana se encuentra ahora sola, haciendo guardia. Es la primera vez que el Dr. no se queda

- a supervisarla.
- después de hora, a supervisarla.

Ese desborde de los tiempos y turnos la excede a ella como a todos los otros médicos, enfermeros y guardias. Todo lo maneja Minguel, midiendo cada minuto y cada entrevista con su reloj de muñeca. El tiempo atraviesa su carne y de ahí recién le es dado al resto.
A Luciana no le gustaba ese lugar, le

- o parecía
- o resultaba

lúgubre y frio. Algunxs de sus ex compañerxs contaban historias sobre sus pasantías ahí. Un edificio viejo, capaz de albergar las angustias y sicosis de todo

- un margen
- una marginalidad

de la ciudad, era capaz de funcionar desde una densidad propia. Una corporalidad de lo escalofriante, de lo

intranquilizador. Pero a nadie le interesaba qué pensara ella sobre el lugar, o si alguna vez había escuchado como la silla encadenada a las vigas, esa que se usaba a principios de S. XX para bañar a los pacientes en silla de ruedas,

- se movía sola
- empezaba a moverse sola

en el ala abandonada del edificio, entre la madrugada y el amanecer.

Trabajar en ese espacio pesadillesco era parte del sacrificio, uno más contabilizado entre los sucios peldaños de hacerse un ~~nombre~~ , una ~~carrera~~, un maldito trampolín hacia el minguelenialismo mesiánico. Una estrella más en la constelación de doctores de renombre. La primera siquiatra de su familia, compitiendo con un hermano neurólogo, otro cirujano y una cuñada radióloga.

Ahora llenar papeles y esperar que sea de día, que amanezca y, entren las primeras luces de la mañana, se ahoguen las oscuridades latentes y el temblor miedoso de una mano izquierda incontrolable.

Pequeña Lucianita, gatito esfinge rubio cabeza de semilla reducida. ¿Será tu cráneo agudizado y estirado, como una flecha inofensiva, capaz de guiarme hacia buen puerto, el puerto con el que fantaseo todas las noches? Será tu carne caliente la musa de una libertad tardía, agazapada en mi pecho. Mis manos laten, los labios se encarnecen y crecen, mi cuerpo se erecciona y, sin embargo, ¿aquellos como Uds. insisten en negarme?

Ay, Lucianita, cerebro de mimbre vacío y cuerpo de ratita esmirriada, no conocés mi poder ni mis alcances. No entendiste nada de lo que te dije nunca, en ninguna sesión pudiste rescatar ni vislumbrar las encarnaciones de verdades que se te presentaban enfrente, como refucilos.

Será tu carne erotizada la que se acercará al otro cuerpo de macho cabrío y se frotará, con desesperación salvaje. Como tantos otros jueves por la noche gritarás los orgasmos en silencio, sobre la ventanilla y reja del primer

- *consultorio,*
- *cuarto,*

a la entrada. Pero, esta vez, cada pequeña desviación tendrá consecuencias profundas, irreparables.

Luciana seguía llenando papeles. Sabía que esa noche era una prueba, una oportunidad para marcar distancia con los otros a partir de su capacidad y eficiencia. Se tocaba la punta del pelo, cada tanto, y aprovechaba para mirar hacia su lado derecho, hacia el ala abandonada. Después del último pasillo, toda la construcción posterior permanecía

- oscura.
- a oscuras.
- en la oscuridad.

Hacia allí mantenía la mirada perdida cuando el cuerpo se acercó, por atrás. Gritó al sentir el tirón sobre su espalda, ¿cómo más podía reaccionar? Y las risas que siguieron la desconcertaron. Era Ricardo, siempre

Ricardo. Un enfermero que, por lo general, hacía las guardias los fines de semana.

–Idiota, sos un idiota. No me hagas esas cosas, no me van- Ricardo sonreía y le besaba el cuello mientras se disculpaba, bajándole el delantal y la blusa, dejando su clavícula y hombros al descubierto. **–Hoy no, Ricky. Esta noche no. El Dr. Minguel me pidió que estuviera**

- **atenta**
- **alerta**

toda la noche, sin colgarme con nada – Ricardo se encabronó con esa respuesta, solía encabronarse rápido con toda secuencia que no le cerrara- **Que el Minguel esto, que el doctorcito lo otro... ¿No te das cuenta que lo único que quiere ese viejo es culiarte, tirarte boca abajo sobre su escritorio y explorar tus aberturas en el Uno, dos constante, ininterrumpido? –**

-¿De qué hablas? Estás flashando cualquiera, es un tipo reconocido, una eminencia, es amigo de mi viejo y... –

-¿Cómo podés ser tan ingenua, chabona? Eminencia es lo que tiene en la entrepierna ese viejo y, si querés meterte al juego de "doctorcita de planta", lo único que tenés que hacer es hundir la cabeza en el vientre bajo y esperar a tragarte todo el reconocimiento que Minguel quiera darte y todo lo demás que quiera que tragues... -

Luciana estaba histérica, entre la impotencia y la bronca se enrojecía su rostro y le salpicaban los ojos. **–Salí,**

sos un forro... Salí, asqueroso de mierda. ¿Tanta envidia me tenés que necesitas andar inventando esas giladas?-

Ella lo frenaba, poniéndole la mano en el pecho. Nunca había tenido problemas para pararle el carro a los torsos prepotentes.

-Te juro que es cierto, Lu... Disculpá si te lo dije mal, si me desubiqué. No quería joderte, es que me encantás, sos una re cabeza pero me parece muy loco que no puedas ver ciertas cosas... Preguntale a cualquiera. Te van a decir algo parecido a esto...-

Ricardo la abrazaba y la besaba, intentando calmar toda esa marea de malestar que había generado. Acariciándole la espalda y besándole las mejillas, acercaba su cuerpo y lo apretaba contra las piernas de Luciana. Ella empezó a subirse el delantal, la pollera y en ese cuerpo contra cuerpo las erecciones y penetraciones se sucedían en ritmo continuo... Cuando todo se volvió más frenético y los gemidos ahogados se escucharon en el ala izquierda del edificio, alguien empujó el último barrote de una ventana. Dejando el espacio suficiente para

- escapar del
- abandonar el
- dejar el

encierro y tirarse sobre el pasto verde, en el rocío. Vuelta, vuelta, más barrotes o solo reja. El cuerpo sigue funcionando, moviéndose como por impulso automático. La coordinación de respiración sobre pierna, brazo que reconoce el mundo de afuera, desde la piel. Cuerpo que se retuerce, en caminata lógica. Y ya sabe hacia dónde

debe dirigirse.

Luciana escucha un ruido, antes de que acabe todo. No llega al summum porque el ruido la pone en estado alerta. Aleja el torso de Ricardo, que queda en medio de la habitación, con los pantalones debajo de las rodillas y el sexo erecto, hinchado y rojo.
-Escuché algo, tengo que ir a ver qué pasa-
-Esperá un poco, Lu. Bajá un cambio. Hasta hace un rato me querías morder la boca para que dejara de hablar estupideces, ¿y ahora querés dejarme re caliente, en este cuartucho frío? Sí, ya sé que es importante. Solo que yo no escuché nada, te lo juro. Y tengo un sarpado oído. Esperame, boluda, no vas a ir sola. Voy con vos. -
Recorrer el edificio les llevaría un tiempo largo… Además, estaba el ala abandonada y toda esa seguidilla de cuartos en la oscuridad, siempre un poco peligrosos. Lo lógico era empezar por planta baja, seguir por el primer piso y recién ahí abordar el lado derecho, el derruido que permanecía sin uso.
Ricardo iría por afuera, a chequear las ventanas y el patio. Luciana avanzaría por adentro, con una linterna en mano, iluminando

- las rejas.
- los barrotes.

En planta baja no encontró nada, solo ronquidos y siluetas de cuerpos deformes, en la oscuridad. Subiendo las escaleras sintió de nuevo ese escalofrío recorriéndole la espalda, toda la columna. Fue en el primer piso, en

la habitación 4, donde encontró lo que buscaba. O donde entendió qué era lo que debía buscar. Ricardo llegó unos segundos después, gritándole desde afuera. El cuarto estaba vacío, los barrotes cortados desde el borde inferior. Sobre la cama estaba ese libro abierto a medias, perdiendo hojas bajo el viento helado que entraba por la ventana rota. Tiempo después, al descubrir que ese era el cuaderno de Nadia, entendería que, de haber leído sus escritos esa noche, habría sabido a donde ir mucho más rápido, evitando esa pérdida de tiempo que, en el final, resultaría

- fatal.
- trágica.

Ricardo estaba frenético, decía que iba a perder su trabajo, que no podían decirle nada a nadie. Que tenían que seguir buscándola por el ala izquierda. La paciente podría haberse escondido en alguna bajo mesada de la ex cocina, ese salón gigantesco sobre el que se reflejaba la luz de una noche enrojecida. Luciana se alejó, buscando el número de celular del Dr. Minguel. Nadia no permanecería en ese lugar, si había logrado salir ya estaría en la calle, dando tumbos entre la gente perro y los cuerpos mecánicos. Minguel no atendía. Ricardo seguía en el piso, arrodillado, musitando que no podía quedarse sin laburo, que no era su culpa, que esas médicas pendejas que venían con un delantal en una mano y con una tanguita en la otra podían joderte la vida…

Luciana no podía perder tiempo. Le dijo que necesitaba recuperarse, dejar de susurrar pelotudeces. Si lograban

encontrarla, con la ayuda del Dr. Minguel, todo estaría bien. Lo importante era ubicarla, poder detenerla antes de que provocara algún daño sobre otrxs. Minguel sabría qué hacer. Mientras tanto, buscaba entre los archivos y papeles la dirección de su casa, no hubiera ido tan lejos en otras circunstancias.
Ricardo, con sus rulos negros sobre el rostro, no se atrevía ni a mantenerle la mirada. Estaba asustado y avergonzado… No se parecía en

- nada
- lo más mínimo

a ese torso altivo con el que ella se había

- encandilado,
- encantado,

meses atrás. Ella avanzaba entre los pasillos, el cuerpo galopaba, a saltos entre caminata rápida y principio de trote. No miraba hacia atrás, no podía perder tiempo. Cuando se dio vuelta a mirar si Ricardo había logrado centrarse nuevamente, si podría quedar a cargo del lugar, ya estaba frente a su auto desactivando alarma y enterrando llaves, brazo y pierna hacia adelante, un cuerpo atado a la máquina sobre el pavimento frío. En ningún momento reparó en la cadena reventada, a los pies del árbol de la entrada, la marca de una bicicleta robada en el medio de la noche.
Al llegar a la casa de Minguel, una construcción gigantesca en dirección opuesta a la ciudad, ubicada a solo unos km de la institución, advirtió que todas las luces estaban apagadas. Al rodear la casa, vislumbró que no era así: la del cuarto de atrás permanecía encendida

por una lámpara. El

- reflejo
- destello

se filtraba por unas persianas entreabiertas. Luciana se acercó a la ventana y vio aquella imagen que volvería a su mente tantas veces, noches después. Nadia, encima del Dr. Minguel, como una araña arponera frotando sus caderas y muslos contra el torso del Dr. Él abajo, todo pequeño y desprotegido. Atado de pies y manos a la cama. Nadia subiéndose encima, trepándose sobre su pecho, arañando los brazos y el rostro, mientras le tapaba la boca y los orificios nasales. Subiendo y bajando sobre el cuerpo dominado. Nadia, con esa mirada extraña.

Yo, encima del cuerpo fragmentado del Dr. Minguel. Yo, dominando esa piel tiránica, amasándola y maniatándola para mis placeres. Yo, obligando al Dr. Minguel a mirarme a los ojos, porque pensaba que sería importante que fuera capaz de reconocerme. O de reconocer lo último que vería reflejado sobre su rostro antes de irse. Él debía ser capaz de reconocer la mirada y las caricias violentas

- *de un*
- *del*

verdadero amor.

17. Me engañó una y mil veces

Me engañó una y mil veces; su hombría enloquecía a todas. En el hospital solo llega a apretar el llamado de emergencia.

18. Veo, cabalga

Veo, cabalga hacia mí, ¿sueño?
No, llegó la hora.

19. Paso en falso

Yo te vi hablar sobre mí. Te escuché, lo sentí, no era claro, pero ahí estabas. Tan seria, predicativa, inflexible: todo lo que pensaba sobre vos se cayó en un segundo, el mundo dejó de ser un lugar posible y el tiempo se detuvo por unas horas. Vos ya no eras vos y yo no era para vos lo que yo creía que era.

Seré así. Cómo soy, quién soy, para quién, qué hago, ¿le digo? ¿Me hago la pelotuda? Cómo hago para saludarte ahora, para mi abrazo sincero, para hacerte un chiste, reírme con vos. Todo era mentira o, mejor dicho, todo era distinto. Lo real no era lo real, sino que era un perfecto relato que encajaba con la imagen que yo tenía sobre mí: todo está bien, todas están bien, nos queremos, ya pasará. Pero, no. No está todo bien.

Ahora parece que la que yo era se convirtió en una fantasma para mí, ahora me persigue. Intento salirme de ahí porque no sé bien qué es lo que está bien, lo que está mal o lo que tengo que hacer para agradarte. Parece que mi sola presencia te molesta. Yo pensé que nos queríamos, que todo era mucho más sincero. En definitiva, que todo era sincero y genuino. Pero, no. Ahí estás, susurrando a viva voz, el pedazo de engendro malnacido que vengo a ser yo y que nunca me había dado cuenta, ni lo había notado. No lo sospechaba, nunca lo supe. Te lo juro, intento hacer memoria de cuáles fueron mis pasos en falso, mis palabras que no encajaron. Algún comentario, algo. Se ve que... No sé.

Ahora soy un monstruo. Nunca lo había notado.

20. No soy un número más

Del cero al infinito soy,
no tengo medida real.
Amo y odio sin límites
sin registro nominal.
Vuelo y caigo por instantes
a velocidades inusitadas.
Vivo y elijo seguir viviendo,
sin horas, sin escalas.
Millones de hormonas forman mi cuerpo,
infinidad de células,
ocho litros de sangre,
el 90% es agua…
Los números son para dimensionar,
y yo no soy un número más.

21. Caminanding

Voy por la noche
sola y tengo miedo,
me dejaron clavada
con todas mis expectativas.
Y ahí lo vi al primero
pulgoso, sucio.
Me miró
con ojos amarillos y feroces.
Nos miramos
y ahí supe que nos entendíamos
que también se había quedado solx
que nos íbamos a acompañar.
Con el pasar de las cuadras
se nos iban sumando más sarnosxs solitarixs
como yo
como él
el primero de ojos amarillos
éramos una manada de solxs encontradxs.
Las cuadras se hicieron más cortas
y tuve que llegar a mi casa
y en la puerta
espantarles
romper ese pacto espontáneo
de comprensión
cerrar la puerta tras de mí
y escuchar los lamentos afuera
como siempre
ya se iban a ir
clavadxs
otra vez.

22. Ancestros

Podemos decir que la historia empezó el día en que Pato la racional desesperada lloraba frente a su mística amiga Jose. En realidad se remontaba a muuuucho más atrás, a generaciones y generaciones más atrás. Pero por algún lado hay que empezar y ese día parece una punta del ovillo que se puede tirar sin enmarañar tanto la cosa.

Hacía años que iba a terapia, pero sentía que no podía superar ciertos temores y resentimientos, que se habían agudizado en los últimos meses, produciéndole insomnio y ataques de pánico.

-Mirá, Pato, yo sé que vos creés que la flasheo mal, pero hay técnicas que funcionan, que escapan a toda lógica pero que yo las vi funcionar en mí directamente, nada de testimonios de una vecina de mi prima a la que le contó el panadero.

Pato seguía llorando y a nivel consciente no la escuchaba, pero las palabras de Jose iban calando en su mente de manera subrepticia. Que una venía a este mundo con la misión de sanar historias familiares, que los asuntos que los ancestros no habían resuelto los cargábamos nosotras y otra serie de afirmaciones que, en otra situación, Pato hubiera desestimado sin más. Pero pasaron los días, la angustia no retrocedía y lo dicho por su amiga fue resonando con mayor fuerza cada vez. Decidió darle una chance a esas delirantes teorías, todo fuera por postergar un poquito más la visita al psiquiatra, profesional que la remitía a los últimos años

de su madre, empastillada hasta la baba.
Jose la consoló nuevamente, mal no podía hacerle, y al considerar esa solución seguramente estaba sanando generaciones de escepticismo. Pato se arrepentía por momentos de lo que estaba haciendo, un poco por orgullo, a decir verdad, pero sobre todo por falta de convicción.
-La cosa es así: los ancestros pueden comunicarse con vos a través de los sueños, pero para eso tenés que dejar un vaso de agua sobre tu mesita de luz e ir a dormir tranquila. Te diría que te tomes un té de melisa, o de lechuga mejor.
Esa misma noche hizo lo que su amiga le recomendaba. Le costó bastante dormir, y a decir verdad, más que tranquila estaba sumamente ansiosa, a todo su cuadro se le sumaba ahora estar esperando mensajes del más allá. Si eso no era señal de estar perdiendo la cabeza qué era. Como a las tres de la mañana se durmió. Un rato después se vio a sí misma caminando por la avenida que cada día la llevaba al negocio en el que trabajaba. Nada extraño, excepto esas cosas que son tan comunes en los sueños, como que el cielo fuera violeta o que hubiera árboles plantados donde en realidad no existían. De repente frenó un auto, el único que pasaba por la avenida desierta de su sueño, tan distinta a la verdadera. Por la ventanilla se asomaba su tía abuela, la rusa, no podía recordar su nombre, pero el rostro le correspondía sin dudas. “Dejalo”, le dijo. Y su tío Adolfo, al volante, arrancó sin dar tiempo a nada más.
Se despertó enseguida, contrariada, molesta. Que deje qué. Lo primero que se le ocurría era que esa tía le estaba

sugiriendo que termine la relación con su novio Tomás, que hasta el momento era lo único que funcionaba en su vida. Era un secreto a voces en su familia que el tío Adolfo golpeaba a Anita, que incluso la encerraba por días en su casa, sin que ningún familiar se atreviera a interponerse, con la cómoda excusa de que era una cuestión de pareja y que debían resolverlo entre ellos. No le pareció sensato el consejo, aunque a medida que pasaban las horas agregó a su lista interminable de temores uno que nunca hubiera imaginado: ¿y si Tomás fuera un violento y ella no se hubiera dado cuenta? Repasaba mentalmente cada pelea que habían tenido, buscando frenética señales que justificaran el pedido de su tía. No pudo, pero el día ya estaba teñido de amargura.

Tuvo que cumplir con todas sus obligaciones con una ansiedad creciente, ignorando los mensajes de Tomás, primero amorosos, después preocupados y al final insistentes, que Pato no podía ahora leer sino como obsesivos y hostigadores. No tuvo el valor para dejarlo, no ese día, nada tenía sentido, hubiera deseado con todas sus pocas fuerzas encontrarse con él, abrazarlo, que durmieran juntos. Pero su cabeza era un solo rollo, no podía ver a nadie así. Apenas terminó su horario se escabulló del local, rogando que su novio no la estuviera esperando. Llegó a su casa exhausta, se dio una ducha y se tiró en la cama sin comer, con el estómago cerrado y el vaso de agua todavía en la mesita de luz, lleno de burbujas, cargado de energías que físicas o metafísicas no prometían nada bueno.

Antes de empezar a dar vueltas por mil pensamientos como solía hacerlo, se deslizó hacia el sueño como por un tobogán. Al principio estuvo todo bien, casi implicó un alivio verse en la plaza del barrio donde vivió de chica, jugando primero con sus vecinitas, arriba y abajo en el subibaja, pero de repente las niñas se esfumaron y apareció su madre, no alegre como subsistía en los recuerdos de su infancia sino desmarañada y gruñona, como se la veía en los últimos años de vida. Y en el sueño era ella y la vieja loca de la vuelta, esa que no había querido devolverle la pelota una tarde de otoño. Y también era su abuela, cuando la retaba por cualquier cosa, o peor, cuando la ignoraba sin sacar los ojos de la tele aunque su nieta llorara de hambre o de dolor. Y era la tía Anita, la rusa, de nuevo, con su cara sufrida. Y entonces su mamá-vecina-abuela-tía Anita la agarraban del brazo con fuerza, la zarandeaban y le decían "Dejalo de una vez, ¿no entendés? Dejalo". Y la niña Patricia lloraba, rogaba, suplicaba hasta despertarse en su cama con la cara empapada en lágrimas, descubriendo que hacía apenas quince minutos que se había acostado y que era una adulta, y estaba sola, acurrucada, desamparada, escuchando golpes en la puerta y la voz preocupada de Tomás.

Abrir la puerta, dejarlo, terminar con este absurdo, volver a dormir, descansar, soñar con las hamacas y el arenero, que sean sueños y no pesadillas, dejarse estar. Se levantó tambaleante, abrió la puerta y con su peor cara masculló que ya estaba, que no quería verlo más, que necesitaba sanar cosas, que él era un monstruo, un

tóxico, un vampiro energético, que si no se había dado cuenta era solo cuestión de tiempo, que ya iba a mostrar la hilacha. Si no hubiera estado todavía dominada por el sueño hubiera podido notar que su discurso era un disparate, que esa no era su voz sino una continuidad de la voz resentida de sus ancestros femeninos, un pastiche de expresiones oídas a Jose y otros entes amigxs de los libros de autoayuda, hubiera podido ver la cara dolida de Tomás, hubiera entendido que no sólo estaba cometiendo un error sino que era irreparable. Le cerró la puerta en la cara, sin dejarle espacio a la respuesta, sin que siquiera pudiera recomponer su cara de asombro. Dio dos vueltas a la llave y se tiró de nuevo en su cama, se cubrió con el acolchado sin desvestirse, dispuesta a seguir durmiendo como fuera. No le costó mucho, enseguida estaba de nuevo parpadeando rápida y ligeramente.

Su actividad onírica reanudó, llevándola esta vez a un bar que solía frecuentar con sus amigas en sus épocas de estudiante, antes de tener que abandonar la carrera para cuidar de su padre. Ahí estaban de nuevo, frescas y jóvenes, tomando cerveza, fumando, bailando despreocupadas. Pero no pudo terminar de disfrutar de un tema completo cuando apareció por detrás de la barra su abuelo, con cara de desaprobación. Pero al mismo tiempo era el camarero, y Pato necesitaba aflojar un poco, divertirse, así que prefirió ignorar el ceño fruncido y pedir una cerveza bien fría, sin espuma, por favor. El camarero le extendió un vaso pero adentro no había cerveza, sino gusanos que se revolcaban en

una salsa espesa de color indefinido. Con una mueca, Patricia miró ahora a la cara del abuelo-camarero que de repente era su hermano mayor, muerto en un accidente automovilístico una década atrás. “Ya veo cómo estudiás vos, y el viejo sufriendo en el hospital, siempre fuiste una egoísta. Mirá encima cómo te vestís, gorda, ni sentido de la vergüenza tenés”.

Y ahora Pato ya no quiere llorar sino gritar, gritar hasta quedarse sin voz, hasta que la escuchen esos tarados y los de más allá. Pero la voz no le sale, y se queda escuchando otra hilada imparable de agravios, hasta que siente una mano en el hombro, y se da vuelta y reconoce a su tía Francisca, la amarga de la Pancha, como la conocían todos los primos. La música ya no suena, el silencio es viscoso y no presagia nada bueno. “Lo mataste, era una vida y vos una irresponsable. Tu vida sería mejor si lo hubieras tenido. Pero no, te sentías demasiado para hacerte cargo. Presuntuosa”.

Salir corriendo, no gritar pero correr, ir a un lugar seguro, buscar aliadas… Las chicas ya no estaban en el bar, la lógica diurna imponiéndose sobre la locura del sueño. No pueden estar muy lejos, tengo que alcanzarlas. Y Patricia corriendo hacia la puerta, solo para encontrarse con su tío Enrique, esta noche jugando de patovica de bar, “¿qué hacés fumando? ¿No te basta con los pulmones heredados a la miseria para que encima le metas tabaco?”. Esquivarlo, correr, salir a la calle, tratar de recordar si Jose le dio alguna clave para despertar. La visita de los ancestros no estaba resultando mejor que las cenas de navidad en Carlos

Paz, cuando deseaba que una cañita voladora le sacara un ojo al primo borracho metemano o que al menos un rompeportones acabara con su propia agonía. Sorteó el cuerpo vigilante y salió a la calle, una bocanada de aire fresco la catapultó a su cama. Decidida tomó el vaso de agua y arrojó su contenido al inodoro, tiró la cadena y lavó el vaso con lavandina, dudando acerca de si no convenía tirarlo directamente.

23. Cinco minutos

Úrsula terminó de arreglarse y se dispuso a enviarle el mensaje. Ya estaba lista. Juan dijo que pasaría por ella a las 21:15, eran las 21:17. La reserva en "República", ex Rocamadour, indicaba que la noche daba para largo. Del Cerro a la Recta son unos minutos, igualmente ya llevaba casi cinco de retraso. Revisó su iphone y estaba en línea. 21:18 ¿Le escribo o no le escribo?, pensó. Era una primera cita con su ex esposo. Una segunda oportunidad para probar suerte. Los chicos con su abuela estarían cómodos, felices y saciados.
No, no le iba a escribir. Lo asfixiaría. 21:19. Cuatro minutos de retraso y seguía en línea. ¿Le habrá pasado algo? Naa, ¿qué le va a pasar? Si se las sabe todas. La chata es nueva, se mudó a lo de su mamá, vieja víbora, seguro que la muy yegua hizo juntada con las putas socias del Jockey y este alzado se colgó. Claro, no hacen ni mierda más que cirugías estéticas y cama solar hasta achicharrarse las sobredosis de botox en la vulva. Hijo de puta. De nuevo me está gorreando, yo sabía, yo sabííííiaaaa. Siempre la pelotuda se la cree, la madre de sus hijos, firme cada vez que la necesite ¿Quién será? La solterona no creo porque va a misa una vez al mes a confesar su polvo al azar. La rubia teñida dientuda ex de su jefe. Síí, esa es. Si de siempre le tuvo ganas la muy puta, y este otro pito suelto más vale, aprovechó que nos tomamos un tiempo para sacar las garras. ¿Se creerá que no puedo competir con ella? La muy turra va de spa en spa y yo con tres críos bastante bien me mantengo; y

ahora que voy a la peluquería y al gimnasio me siento una diva. Los odio. Se están riendo de mí en la cara. Con la pendeja de la rotisería, vaya y pase, dieciocho años, todo en su lugar, yo con el sodero haría lo mismo. ¡Mierda! Otra vez, no.
Úrsula se desvistió, encendió un cigarrillo en el balcón con su vaso de whisky en la mano y se dispuso a calmarse. 21:20. Suena el portero y el celular al mismo tiempo. "Amor, estoy. Todo tuyo, mi reina"
Ella bajó, aparentemente más calmada, dispuesta a mandarlo a la reputísima madre que lo remil parió cuando al abrir la puerta un anillo y un ramo de rosas la encerraban de ambos lados. Un abrazo la dejó sin respiración. Un beso de novela la hizo temblar de pies a cabeza mientras pensaba "Juan y la concha de tu madre, te cago amando", pero no se lo dijo. Sonrió y lo hizo pasar mientras se excusaba con que lo bueno se hace esperar y varias huevadas más.

25. Otras maldiciones

Que nadie pueda pronunciar tu nombre
y los errores en bocas ajenas
vayan haciendo de tu identidad un monstruo,
que las vocales corroan tu paz
y las consonantes carcoman tus huesos.
Que todos te miren al pasar y nunca puedas distinguir
sus gestos de miedo de la sorna.
Que te tape la burocracia
y la musiquita de las lentísimas “líneas rápidas”,
que las planillas a rellenar nunca acaben
y debas madrugar cada día
para hacer colas que jamás avancen.
Que te mientan los relojes, los calendarios,
y nunca estés donde quieras
cuando te convenga.
Que sientas la cama cual arenero
y las medias siempre mojadas,
que la comida te queme la lengua
y el mate se lave a cada sorbito.

26. Siento pasos

Siento pasos, veo sombras,
estoy recién enterrado.

27. La peluquera

Otra mañana fría en barrio San Martín.
Soy Carolina Gonzáles, mujer soltera (a mi pesar) de 42 añitos. Igual parezco de 30.
En mi vida me costó encontrar parejas que entendieran mis deseos. Ahora, ya dejé de buscar, pero me siento afortunada, porque encontré la profesión que me permite ser yo misma y encontrar todo el placer que me es vedado en las restricciones del mundo exterior. Soy peluquera y mi pasión por el cabello humano me viene desde que nací. A veces me preguntan de dónde saqué semejante fetiche y yo pienso que en el útero de mi madre ya flotaba en una bola de pelo sedoso, largo y castaño.
Los días en la peluquería están siempre repletos de gratas y excitantes sorpresas. Tengo mis clientes habitués a los que les tengo un amor incondicional.
Martín, por ejemplo. Muchacho joven con unos pelos locos y rizados que dice que solo yo puedo dominar. Meterme en su melena me electrifica de la punta de los dedos a las uñas de los pies.
A veces en la noche sueño que me pierdo en esa maleza, que paso días enteros ahí, durmiendo y frotándome en esa suavidad. Cuando la fantasía es muy intensa a veces me despierto toda alterada y deseante, y tengo que sacar mi bolsa de Martín del cajón, en donde voy guardando todos los recortes que se fueron acumulando con los años. Los huelo, los toco. Siento que tienen vida, los lamo, tiemblo. Algunas personas pensarán que hay

algo mal conmigo. Es lo que me vienen diciendo desde que decidí dejar de esconder mis deseos. Yo pienso en todo lo que se están perdiendo, que no pueden sentir esa calidez, esa textura y aroma, y disfrutarla como yo.

29. María manos azules

Soy María, vivo en el norte, en un pequeño paraje que se llama Anquinas, en el interior de La Rioja, al pie de la precordillera, zona viñatera. Madre de once changuitos que van desde los quince hasta Josesito, el menor, de seis meses. Vivo en una pequeña y precaria habitación que me presta el dueño de la finca, con el Jacinto, mi marido. Se hace difícil conseguir algo para parar la olla, matamos alguna gallinita o vendemos algún animal para comprar harina, azúcar o yerba. Solo en los meses de la vendimia, las cosas mejoran un poco. Solo un poco. Trabajo dieciséis horas por día en la cosecha, la gemela pesa 45 kg. y, por cada una, nos dan una ficha, al cabo del día junto varias fichas que el patrón nos cambia cada noche por plata. Poca plata. Mucho trabajo. Mucho esfuerzo. Mucho dolor. Poca esperanza, poca educación. Poca vida. Mi vida es dura; vaya si lo es. Pero es la que tatita Dios me prestó. Lo único que espero es que mis changuitos puedan ser distintos, pelear por algo mejor, llegar a vivir su vida y no solo que la vida pase, así, entre el hambre, el frío y el hastío, sin más secuelas que el tinte de la uva en mis manos.

30. Nostalgia

Hoy me levanté sin ganas de nada
pienso en cómo estarán, qué harán
si piensan en mí como yo en ustedes.
Pienso en cómo han crecido
y lo que me estoy perdiendo
por cometer errores sin pensar.
A veces me gustaría poder volver el tiempo atrás
y poder reparar el daño que les he causado
recuperar el tiempo perdido
y poder compartir con ustedes
este amor que les tengo.
Por momentos siento miedo
miedo a perder lo que hemos construido
pero sé que cuando vuelva a estar a su lado
me olvidaré de lo que aquí he vivido.

31. Esperanza mía

Sos mi luz
sos mi orgullo,
sos la razón de todos mis días.
Sos el triunfo del amor
y la belleza hecha poesía.
Sos la inteligencia que progresa,
y la perfección a toda vista.
Sos mi todo, hija mía.

32. Silencio

Miedo, veo que esa es una sensación que me preocupa. Despertarme y no tener voz, tantas cosas que decir y de golpe darte cuenta de que no supiste hacerlo a tiempo, expresar tus sentimientos, tus deseos y temores más personales. No tener ni el momento ni el lugar donde poder ser libre de tus opiniones, sería muy doloroso no poder hacerlo más. Entonces pienso: hoy puedo y me da fuerzas para poder exponer todo, hacia todos y por todo, nunca dejar para mañana lo que puedo hacer hoy. Muy buena moraleja, pienso.

34. Puta, hija de puta

Puta hija de puta, me dijo. Me lo dijo otra vez. Y me volvió a doler, a lastimar, a apuñalar. No sé si son las palabras, el tono, la intención, la humillación o qué mierda es lo que me hace tanto daño.

Puta hija de puta, mi identidad para él. El agravio, el oprobio, el insulto, el desamor.

Perdoname, no quise decirlo, repite después. Después, mientras mis heridas sangran, mis ojos lloran, mi alma duele. Tanto duele, que enferma.

Tan macho para herir, tan poco hombre para amar, para contener. Tanta energía viril para humillar, por el simple hecho de ser mujer, el sexo débil, sumiso, oprimido. Tan poco sutil para tratar a la persona que lo ama sin condiciones.

Y así transcurren los días, entre insultos y disculpas, entre "te amo" y las barbaridades más obscenas.

Puta hija de puta, me dijiste hoy otra vez. Te tengo una mala noticia: es la última vez. Esta puta hija de puta te dice ¡ADIÓS!

35. Me dijo gorda

Me dijo gorda con esa lengua venenosa que tenía y las palabras hieren con su sonido. Ahora, si quiere lastimarme, lo hará solo en sus pensamientos.

36. El negocio

Mañana toca nenes con los nenes y nenas con las nenas. Tengo que contactar a los proveedores y aún no me he puesto al día con lo que debo del mes anterior. Ya está la publicidad, seguridad, el DJ, todo; bah, casi todo. Soy de esas personas que siempre a último momento se les ocurre algo nuevo y termina siendo imprescindible.
La vez pasada pensé que con doscientas pastillas iba a alcanzar, pero pedí cuatrocientas y no quedó ninguna. Fui previsor y al final hice un gran negocio: se vendieron todas. La noche se arruinó solo por esos dos nenes que murieron de sobredosis, los del SAME me dijeron que fue un paro cardíaco. Problema de ellos, yo no los obligué, yo nada que ver.
Ahora promete, no sé bien con qué chiche nuevo los puedo sorprender. Siempre esperan más de mí y eso me halaga, me impone presión, sé que soy el mejor en lo que hago y por eso sigo siendo el número uno, el más famoso. Me piden, les doy. Es como si les leyera la mente, algo muy fuerte.
Mi negocio me encanta. Narkos es un boliche que vende por sí solo y por la polémica que genera, pero es mi pantalla para atraer gente hacia mi ego como moscas a la miel.
Ya estoy grande, me veo al espejo y mi cuerpo no dice lo mismo que mi mente. La noche, la libertad y los excesos no me limitan, parecen no tener fin. Es por eso que ya decidí lo de hoy: arreglo con los proveedores, una pibita de catorce años por lo del mes pasado y permiso

para filmar lo de esta noche, que elijan la mercadería y se cobran lo de este mes. Listo. Negocio cerrado. Sigo siendo un genio. Me voy. ¡Buenos mambos para todos!

37. Te acercaste esa noche

Te acercaste esa noche, tan gato como siempre, y me pediste fuego. ¡Cómo saber que tu pelaje era tan inflamable!

38. Lo que queda

Lo que queda
cuando las rayas te cruzan,
eso es lo que nadie sabe.

El olor real
de las salas blancas,
todo rodeado por un aura
de
• vida * pulcra
• existencia * higiene
falsa.
La mirada que clausura
espacios y tristezas…

Detrás de cada cuarto
se ensombrecen historias,
se
• pegan * al piso
• adhieren * al suelo
en ritmo frenético,
en sintonía con el chirrido
de una puerta
o una ventana.
Sobre esa alfombra
de tragedia
se pasean los cuerpos.
Y no hay tiempo más
que el de la desmesura.

El *Uno, Dos, Tres*
de todos los torsos,
sucediéndose.

El de las pisadas
que fragmentan
y siguen creando
raíces.

39. Los monstruos son las pesadillas de muchos

Los monstruos son las pesadillas de muchos. A veces, a simple vista, son seres que aparentan ser personas normales, quién no conoce o conoció a alguien así. Si miramos alrededor, vemos monstruos por todos lados, empezando por los tiranos, esa gente a la que le gusta manejar a otros con sus muestras de poder, sojuzgando, obligando; como, por ejemplo, políticos corruptos quienes manipulan a la gente para sus propios fines. Los empresarios que, para lograr posición y riquezas, pisan y abusan de sus trabajadores. Hay muchos monstruos, pero los vivos son los seres más dañinos que conozco.

40. Elijo desear

Elijo desear, pienso mal,
asisto a funerales.

41. ...

El cuerpo se mueve entre las cajas con facilidad. En realidad, prefería permanecer ahí, hurgando entre bolsas y formas iguales envueltas en plástico, que salir a la luz, al hueco y hacia adelante. La serie de formas iguales, una tras otra, la hipnotiza. La dejan entre absorta y mareada. El olor fuerte y duro, golpeando su rostro y ese subir y bajar rápido, con violencia. La sangre sube a la cabeza- dicen- se agolpa contra la frente y las geografías bajas, entre los nervios que atraviesan la raíz de la nuca y el final, arriba, donde hay planicie y late todo. De donde salen las punzadas que atraviesan los cueros y los obligan a permanecer acostados, en la oscuridad, invocando técnicas de *lo-que-no* para frenar el dolor insoportable. Y tan necesario, sin embargo…

Lo había escuchado en varias ocasiones, ya. Eso de que si el chasis dolía era por algo, como si hubiera algo internamente, a nivel emocional o cuerpo-espíritu que se pudría adentro y empezaba a heder, hacia afuera. No habían dicho exactamente eso, y ella tampoco creía en esos esquemas de cuerpo-espíritu… Pero sí estaba segura de que, algunas veces, algo se quebraba adentro. Era como tener la pudrición, pero sin que fuera precisamente eso.

-**Nena, ¿dónde estás? Terminá rapidito que hay gente esperando-** la inconfundible sintonía de Graciela, interrumpiéndola, con la punta de sus pies apenas apoyadas en el marco y la mano rozando el dintel de la puerta **- ¿Qué haces en la oscuridad?**

Te vas a dar un golpazo o algo peor… Ay, qué chicos más raros estos, Dios mío, por favor - No le gustaba a Graciela esa parte del negocio. Siempre se alejaba rápido de ahí. Llegaba, decía lo que tenía que decir, o la mandaba a buscar lo que necesitaba en reposición, y subía las escaleritas para regresar a la parte superior, donde todo era blanco y luminoso. Subía presurosa, buscando esa luz artificial constante que confundía a cualquiera que permaneciera más de tres horas seguidas ahí, porque era la misma luz desde el momento de apertura, temprano a la mañana, hasta la noche, cuando el piso estaba lleno de escamitas marrones y blancas, dibujando líneas alrededor de las bolsas y canastos.

El cuerpo busca rápido una campera, algo con que cubrirse antes de que la luz golpee la piel o

- los párpados.
- los músculos.

Sale y apaga la bombilla que se bambolea en el centro de la habitación. Inspira profundo, para sentir una vez más esa fragancia a humedad y encierro, y cierra con doble llave.

-**Mientras vos estabas abajo, haciendo no sé qué cosas-** Graciela tiraba esas líneas para que ella

- se enterara de
- supiera

que era *vieja, pero no tonta*, y que *no les pagaba para que se encerraran a jugar con el celular y a meterse a esas páginas seudo porno en la que andaban los jóvenes, hoy en día.* Y ella no sabía a quién o a qué se

refería con tanto *les* y *jóvenes*, si ya había despedido a Carlos, el otro chico que cubría el turno de la mañana. Como siempre, cuando la economía se achicaba y todo se reducía, había que reducir los cuerpos. Y Carlos no solo era hombre y no hablaba tan bien como ella, sino que, además, *como era morochito no le gustaba tanto a las señoras del barrio.* Eso había comentado Graciela, como al pasar, y ella la miraba mientras le contaba que la Srta. Chovaro le había preguntado un día *por qué lo había despedido a este chico, aconsejándole que no debía dejar ir a la chica de la tarde, si era tan amable y dulce. Siempre mejor tener una muchacha al lado, sobre todo porque la calle estaba medio peligrosa y nadie podía estar seguro ni confiado de a quién dejaba entrar a su casa... A ella, sin ir más lejos, le habían robado unas semanas atrás. Momento shockeante del que todavía no lograba reponerse, todo para enterarse, hace unos días, que los choros eran del mismo barrio que la chica que iba a cuidar a su suegro los fines de semana. Incluso había un sospechoso al que no llegaron a apresar porque no había suficientes pruebas que era primo lejano de esta chica. Pero primo al fin, la familia es familia y yo tuve que dejarla ir.*

Y a Graciela le encantaba citarla a la blonda Chovaro para que *todxs supieran que, sin desearlo realmente, había tenido que dejar ir a Carlos.* Frase que encubría también la potencial amenaza a ella, porque, al fin y al cabo, si había tenido que dejar ir al muchacho, podría volver a verse obligada *a tener que dejar ir a otro cuerpo.* Y la siguiente en la lista era ella.

-¿Te quedaron paltas orgánicas?
-(...)
-¡¿Cómo que se quedaron sin paltas orgánicas ya?! No puede ser. ¿Dónde está Gracielita? Las pedí el lunes, se las encargué especialmente... Y hoy, jueves, me venís a decir que te quedaste sin... ¡Pero qué idiotez increíble! Qué tristeza... Parece que la palabra de una ya no vale nada. Estoy embroncadísima. Decile a Gracielita, a mi amiga, que después quiero hablar *personalmente* **con ella porque hay cosas que, a esta altura del carretel, una ya no puede dejar pasar tan fácilmente-**
-(...)
-Las cosas que hay que soportar de estas dizque muchachitas que no son capaces ni de cumplir con lo mínimo que una les encarga. ¡Qué país, Dios Mío, qué país!
Ella veía salir del negocio a la Sra. Patrón Costas con las bolsas en la mano y los brazos duros de enojo, de bronca. Realmente ese fue el peor momento pasado en los últimos treinta días para la Sra., esa era su única y máxima tragedia cotidiana. No conseguir los pequeños montículos negros, empozados, que calmarían toda hambre en una picada con amigas o con el Sr. que, así, *salvaje y de campo como era*, también había aprendido a disfrutar los milagros y bienaventuranzas de ese espacio-urbano paradisíaco en el que podían

● gozar de jugos de uva y frambuesa, de los frutos secos y el kéfir, de los

● extasiarse con jugos de uva y frambuesa,

frutos secos y kéfir, con los
símil quesos no sometidos por ningún régimen-máquina-asesino. Y ellxs - la Sra. Graciela, la Srta. Chovaro, el Sr. y Sra. Patrón Costas y una larga fila de cuerpos en sintonía ética y estética- coincidían en señalar ese como el mejor escenario posible. Como el trayecto elegido para acercarse a prácticas más conscientes y responsables, más acordes con la condición de materialidades destinadas a inmortalizarse.
-Nena, ¿qué hacés con esa campera puesta? ¿No te dije ya que no es bueno darle esos calores intensos al cuerpo? Además, sabés que no me gustan esas camperitas villeras, está bien que las uses en tu casa si querés, pero cuando te bajás del colectivo y cruzás el canal tenés que dejarlas afuera... Nunca te olvides que una se disfraza para el piso que quiere, y viéndote así toda esmirriada en esa campera oscura, solo puedo pensar que estás vestida para vivir en el cuartito de abajo- Graciela sonreía, porque la conclusión le resultaba graciosa y acertada. Pero la muchacha solo la miraba, en silencio.
-¿Y, nena?¿Qué vas a hacer? ¿Te sacás la camperita o te vas? ¿Te sentís bien? ¿Es por mi amiga, la Lucianita Patrón Costas? No le des bolilla, yo después me comunico con ella y arreglo todo. Lunes o martes traen verdura fresca y le regalamos una o dos paltitas y asunto arreglado – El torso estaba pálido, asentía con esfuerzo y se excusaba con la Sra. Graciela preguntando si podía servirse un poco de agua, respondiendo que estaba un poco débil por

un finde muy largo cuidando a su hermano, pero que mañana ya iba a estar mejor.
Y la Sra. Graciela se compadeció, por un momento. La veía tan pequeña y esmirriadita, tan parecida a las jóvenes carnes de cañón que veía pasar, cada tanto , al frente de su casa cuando vivía en el campo y su madre y tata -que Dios los tenga en la gloria- la hacían mirar para otro lado. Porque no era de buena educación y porque, por lo general, eran negras saracatunga e indias rebeldes que por algo andaban con el pelo desgreñado y la cara con manchas de sangre.
-**Nena, servite un poco de jugo de frambuesa. Sí, del que está en la heladerita de abajo. Traete un vasito para vos y otro para mí, hacé el favor-**
La Sra. Graciela se lamentaba por esas criaturas que andaban descalzas en la calle, con el calor que hacía ahí afuera, y siempre pensaba que sería mejor que pudieran pasar más tiempo estudiando y meditando que ahí, en la calle, con esa impronta de monstruitos. Porque así, de chiquitos, casi inspiraban ternura, pero después crecían y se volvían salvajes. Era triste y tan cierto… Ahora eran pequeños monitos, que no sabrían distinguir una naranja transgénica de otra orgánica. Pero ningún ser pequeño lo haría, después de todo, porque cargaban con esa condición los niños de ignorar todo peligro del mundo, las aristas que se escondían detrás de una vida dedicada a la vida grasa y la existencia grasa-ética y estéticamente hablando- . *Los niños grasa*, les decía la Sra. Graciela, y sus amistades más cercanas sabían a qué y a quiénes se refería.

El cuerpo sube, entre pálido y agitado **-Nena, ¿por qué tardaste tanto? Ya iba a ir a buscarte ahí abajo…** -Y ni Graciela ni ella creían que fuera cierta esa amenaza, porque la Sra. odiaba bajar al cuartito lleno de negro y humedad. Entonces la frase caía en el vacío y sonaba solo a un elemento excesivo más, que no hacía falta ni era necesario pero estaba ahí.
Con todo, ambas mujeres ya estaban en el centro de la habitación, con los vasos servidos. Innegable era que la Sra. no tenía que aclararle ciertos detalles a la muchacha para que el cuerpo hiciera *exactamente* lo que debía. Era, después de todo, algo destacable la presentación del dúo de vasos en bandeja y "*salud*" y el vidrio ornamentado hacia los labios, expandiéndose por ambos cuerpos el brebaje. Y "*hasta mañana*"*- si Dios quiere*- cerrar todo e irse a descansar.
A la mañana siguiente Graciela se sintió descolocada al ver el negocio con las persianas abajo y el candado puesto. Ya eran más de las once. La Sra. había sido absolutamente clara con las indicaciones, la joven sabía que tendría que abrir sola esa mañana porque ella no podía evadir el turno con el dermatólogo. Eso sucedía una sola vez al mes y ya era el tercer o cuarto mes que lo hacían. Nunca antes habían tenido ningún problema… Era raro. Graciela no sabía si enojarse o preocuparse. Debía llamar a su empleada ahora mismo. Primero abrir el negocio, claro. Después la llamada y el reclamo. Sobre los estantes del flanco izquierdo, mientras movía las bolsas de maíz frito para intercalar budines integrales de naranja y de banana, Graciela se dedicaba a acomodar

lo que ya estaba ordenado, cambiando detalles para calmar un poco la bronca que sentía al darse cuenta que la muchacha había decidido no solo faltar y tomarse el día, dejándola sola un viernes –que todos saben que es el día de mayor movimiento ahí- sino que además había resuelto ni siquiera llamarla, atenderla o dejarle un mensaje, lo cual le parecía irrespetuoso e indecoroso en igual grado.
Hacia la tarde, casi cuando oscurecía, sonó su teléfono. Pero la Sra. Graciela estaba ocupada con una fila de siete personas y sabía que si era uno de sus hijos quien llamaba hablarían con mayor tranquilidad cuando cesara el movimiento. Al agarrar su bolso y teléfono, antes de irse, vio que tenía una llamada perdida del celular de la joven. De bronca, ni pensó en responder. No era así la cuestión, no funcionaba como si la Sra. Graciela fuera la empleada y ella, la muchachita irresponsable, la que decidía cuándo llamar y cuándo no, cuándo responder y cuándo desconectar el aparato…
El fin de semana pasó rápido, se sucedió entre llamadas a su hijo y nietos, que seguían de viaje por Berlín. Y una videollamada con su esposo que también estaba en un viaje de charlas y congreso por Centroamérica. Ni su hijo ni su esposo habían entendido por qué ella no había querido ir. Pero cómo hacerles entender que no era fácil comenzar un emprendimiento, que significaba estar encima, con las garras puestas y la vista fija *porque si uno no cuida lo suyo, nadie lo va a cuidar por uno…*Y, cerrando el paso apacible del sábado y el séptimo día, una cena con sus amigas el domingo a la noche, para

festejar el cumpleaños de Tita, la más grande de todas, que *pobre, estaba tan vieja y descuidada…* Pero era lógico, si seguía con esa dieta a puro vino en caja y cigarrillos. Una cosa espantosa, una elección de vida -o de muerte- bastante fea y denigrante.
Ahí fue, en la casa de Tita, un edificio amplio en el norte de la ciudad con las marcas de haber sido casa paqueta antes de que el paso mismo del tiempo agrietara las paredes y muebles del lugar casi tanto como los miembros y rostro de su amiga, que sucedió. Mientras ayudaba a levantar unas platitos de porcelana con restos de palta y camarón, una de las mujeres le pregunto qué le había ocurrido en la mano. Nada, dijo Graciela, con naturalidad, y se impresionó un poco al ver esas aureolas blancuzcas en el contorno y amarronadas en el centro desparramadas por el dorso de su mano. En el baño se fregó bien los dedos, llegando hasta la muñeca, de un lado y del otro. Incluso se puso una gotita de lavandina para ablandar las manchas de lo que, ella creía, podía ser chocolate o grasa de la casa de su amiga que era una guarida de gérmenes y grasitud.
El lunes a la mañana se levantó enérgica y dispuesta a enfrentar cualquier excusa que pudiera darle la muchacha. Lo había charlado con la Srta. Chovaro, no le gustaba eso de andar ventilando sus problemas en público y con otras mujeres de su clase, pero estaba desconcertada. Su blonda amiga la calmo, diciéndole que no tenía por qué aguantar esas cosas, que *ya excesivamente buena había sido y que así era con esta gentuza, que una intentaba ser solidaria y ayudar,*

darles trabajo y la posibilidad de progresar en la vida, y así te respondían.
Que no podía angustiarse por el desagradecimiento de los cuerpos salvajes, eso fue lo que sacó en limpio la Sra. Graciela de toda esa charla.
Cuando ya promediaba más de la mitad de la tarde, con la habitación vacía y el calor del verano golpeando los cuerpos, ella se rascaba la unión entre el pulgar y el índice, estirando la carne para relajarse un poco. Jugaba con sus anillos y se convencía de que la joven ya no iba a volver. C tenía razón… Eran salvajes, desagradecidas y negras trabadas que no iban a llegar nunca a nada. De mente reducida y mirada idiota. Por eso la sorprendió tanto la llamada de un número desconocido, el miércoles a la mañana. La sobresaltó y, apenas vió que se trataba de un celular no agendado, tuvo la intuición de que se trataba de la muchacha. Llevó el aparato a su mejilla –siempre se cuidaba de no apoyarlo contra la piel, por la contaminación electrónica y esas cosas- y escuchó la voz de un hombre del otro lado.
Cuando

- deja
- suelta

el bodoque, que golpea contra la mesa blanca y pequeña delante del mostrador, se lleva la mano a los labios y siente un estremecimiento-temblor sobre su cuerpo. La muchacha estaba muerta. Una infección virósica extraña, una enfermedad nueva que, sospechaban los médicos, podría convertirse en epidemia si no la estudiaban a fondo. Por eso el velorio no sería ahora,

- era
- implicaba

solo la necesidad de justificar la desaparición fantasma de la chica, durante un tiempo. No había que levantar sospechas. Pero la Sra. Graciela había sido tan buena con ella que la familia

- había necesitado
- necesitaba
- había sentido la necesidad de

llamarla y contarle las cosas como realmente habían sucedido.

La Sra. Graciela siente un temblor, siente como se agolpa la sangre sobre su cabeza, siente como late todo y, en esas palpitaciones, tiembla el torso y se

- vuelven
- tornan

pálidos, casi trasparentes, sus brazos y mejillas. Corre al baño, sacándose el saquito de hilo y la remerita de casimir. Desde ahí, baja directo al cuartito, como sospechando algo. La puerta está cerrada con doble vuelta y, en su desesperación, no encuentra la llave. Agarra unas herramientas que hay al costado y empieza a golpear el picaporte que, en algún momento, cede. Entra al cuarto y ve, sobre los estantes más rotos, los de la pared de la izquierda, unos frascos con polvo negro. Están llenos de una pelusa negra, parecida a la que recubre a los gusanos "gato". Observa, al lado de los frascos, la botella con los dibujos de frambuesas gigantes, un campo verde rodeado de tranqueras y la imagen de un granjero imaginario con un rostro

- asimétrico,
- desproporcionado,

cubierto de sonrisa. La

- parte inferior
- base

de la botella es distinta, más oscura. Tiene las pelusas

- oscuras
- negras

flotando. Con un alarido de temor, tira la botella, manchando todo el suelo con esa mezcla viscosa de líneas violetas, lilas y manchones negros. Al abrir la heladera se cerciora de que todas las otras botellas están igual. Siente unas palmas y gritos, desde la parte superior. Una voz conocida se aproxima y la llama por su nombre. Le pregunta si está bien.

-Escuchamos un grito, desde arriba. No quería ser entrometida, Gracielita, pero ¿estás bien?-

La Sra. Graciela responde rápidamente que sí, que creyó haber visto un animalito ahí y se asustó pero que no era nada.

-Ay, es que vos también… No seas terca, no podés andar bajando a este cuarto horrible sola, mirá si te pasa algo. Agradecé que acá estamos nosotras, tus amigas, y el resto de tus clientes. Hay una larga cola en el local, ya.

El cuerpo busca la remerita y el saco de hilo, se cubre bien antes de salir del cuarto con varias botellas en la mano. Mordiéndose los labios y cubriéndose el torso.

-¿Y eso?

- Se me ocurrió que era un lindo día para ofrecer

unos vasitos de jugo de frambuesa, como para combatir el calor y hacer algo lindo...
Responde, fingiendo *naturalidad/*tranquilidad.
-Ay, Graciela, siempre tan

- **hermosa**
- **linda**
- **atenta**

vos... Dame unas botellas que te ayudo. ¿No te hace calor? ¿No querés sacarte la camperita?
El cuerpo niega con la cabeza, mientras se agarra la manga de la campera sobre el dorso de la mano, intentando cubrir las manchas amarronadas cubiertas de aureola blanca. Mientras su amiga trae los vasos, saluda a los cuerpos de la fila, excusándose, y prometiendo jugos de frambuesa para todos los que quieran, como una forma de disculparse. Incluso, llama a los niños que pasan, descalzos, por el frente del negocio y les ofrece unos vasitos de jugo para calmar la sed en ese mediodía insoportable.

42. Insistencia

"Quien se va sin que lo echen vuelve sin que lo llamen", todos lo saben. Sin embargo, vos tenías tu desesperación puesta en que volviera, porque si bien no me habías echado, tampoco querías que me vaya, entonces llamabas. Una y otra vez llamabas. Hasta que cualquier posibilidad de regreso quedó sepultada por tu ansiedad. Y aunque muchas veces yo me había encontrado en esa posición, o tal vez por eso mismo, me irritaba tu insistencia, tu violencia contra mi silencio, contra mi retraerme, tu voz retumbando en mi caverna, tu sombra amargando mis siestas.

43. Un soplido en la nuca

Un soplido en la nuca, tus susurros en mi oído, tu pecho en mi espalda y ese placer que solo tus caricias me dan. Tu autopsia decía “muerte dudosa”.

44. La mala víctima. (Todxs somos unx monstrux para alguien).

Ser la hembra insensible, la que expone sus supuestos sentimientos de impotente víctima de tu machirulez-gatunez-incapacidad para decir y hacer tu deseo. Apresar lo inapresable, obligarte a ponerle el nombre que va a matar la ambigüedad que te empoderaba. Denunciar tu falta de honestidad para convertir una noche de inocentes birras en tu pesadilla. Condenar al mismo tiempo mis chances de vivir otra cosa, matar mi deseo para encasillarlo en mi historia de repetidos sincericidios. Incomodarte para no incomodarme. Negarme a salir de lo mismo. Hacer de un ejercicio literario un experimento psicológico, sociológico. Hacerme la culposa después, porque es lo que corresponde. Celebrar la incapacidad del puente. Disfrazarlo de "ahora viene la amistad", como si pudiera surgir la amistad de la manipulación y el pisoteo de nuestros egos.

45. Imagen

A veces me miro al espejo y desconozco esa imagen que me devuelve, observo a mi alrededor, no hay nadie más, estamos solos mi conciencia, mi cuerpo, mi mente y yo. Una logia secreta que en distintas oportunidades conspiró contra los mismos miembros.

Trato de mantenerme firme y de coordinar mis pensamientos, actitudes, ideas. Desisto de seguir haciendo eso porque es solo una imagen, algo externo. Sin embargo, es algo más, lleno de contenido, de experiencias vividas, buenas y malas. Es un todo que envuelve amores dados y recibidos, odios explotados y otros contenidos. Pienso y llego a lo más profundo de mi ser, a esa intimidad jamás compartida y me encuentro con el monstruo más terrible que nunca imaginé. Yo misma. Sí, capaz de todo, pensamientos de lo más morbosos y oscuros que, por suerte, pocas veces se concretaron.

Tengo miedo. Logro contenerme, esconderme, huir de ellos, pero por genética, por destino o por decisión, siempre me persiguen. Mi objetivo es claro: que no me alcancen y, si lo hacen, que en el trayecto se hayan desvanecido, que sus intenciones malignas, si llegan hasta mí, que lo hagan como las almas que se elevan al cielo, previo paso por el purgatorio. No quiero mi perfección, porque no existe. Tampoco quiero liberarme de mi monstruo porque él forma parte de lo que soy, de mi vida, de mi esencia, del pasado que fue, del presente que soy y del futuro que me espera.

Pero así y todo, está latente a cada instante. Lo veo acechando permanentemente en mis impulsos, en la reacción de los demás frente a una mirada de desaprobación, un acto amenazador o de rechazo.
Asimismo, aquí estoy, treinta y cuatro años conviviendo con él, conmigo. Me temen, lo sé. Y yo también a veces me tengo miedo.

46. Vivir entre rejas

Difícil creo que es la palabra que emplearía para definir esa situación. Códigos, leyes internas, mensajes no tan sutiles, esas son algunas de las diferentes formas de convivencia entre estas paredes. Si bien uno ya está preso de su equivocación, suele pasar a estar represo de situaciones ásperas y generalmente ajenas a uno mismo, poder sobrevivir sin enfrentamientos ilógicos es una odisea del día a día. El deseo de la libertad ya no se vuelve solo una necesidad imperiosa de poder reencontrarse con su vida y con las suyas, sino que también es un fuerte deseo de escapar de una situación de constantes tensiones.

47. No me gusta este lugar

No estoy acostumbrada a estar en este lugar. Nunca me enseñaron a ser menos, a estar al costado, abajo, en el inframundo. Hay cosas que me gustaría haber aprendido, para estar preparada. Me hubiera gustado -realmente, ahora lo veo- que me digan de chica que fuera menos puta, que así triunfaría, que así tendría más amigas. Tendría más amigas porque no me verían como una competencia, tendría también más amigos porque no me verían solo como un pedazo de carne, como un hueco, un cuerpo vacío, un cuerpo para llenar y moldear.

Me hubiera gustado que me enseñaran a comportarme, a callarme a tiempo, a no gritar cuando me sienta en peligro, a no alzar la voz cuando escuche cosas que no me gustan. Me hubiera gustado que me enseñaran a ser una mujer dócil, otra cara bonita más. Una mujer sumisa, a planchar, a lavar a mano, a dejar todo limpio siempre, todo impoluto. Todo perfecto para cuando venga mi hombre, mi esposo, mi marido, mi novio, mi hermano, mi padre, mi hijo, mis hijas, mi familia, mis amigos. Me gustaría que me hubieran enseñado a recibirlos, a lavar los platos mientras cocino mil pasos y quede todo tan perfecto. Y las vecinas del barrio me envidien porque haría las mejores recetas, todo bien saludable, muy exquisito.

Pero más me hubiera gustado, a decir verdad, que nadie me marcara la diferencia. No tener que sentir tanta distancia, no tener que sentir la culpa, el peso del tiempo

de la costumbre de la tradición. Me hubiera gustado no saber que piensan que soy todo eso que piensan que somos, nosotras, las mordedoras de la fruta prohibida.

48. ¡Harta!

Hoy fue el día, tengo que escribir, si no, reviento. Estoy harta, cansada, desconozco este mugroso mundo donde no pertenezco. Me hacen sentir una persona que no me gusta ser. ¿Será que soy difícil? No sé, hoy hasta choqué verbalmente con una policía y no me gustó. Yo soy coherente y lógica, y acá no logro encontrarme a mí misma.

¿Qué sucede en este lugar? No parecen seres humanos, son gente conflictiva, mala, maleducada. Quisiera poder retroceder el tiempo y no hacer nada indebido, así no conocería a estas mujeres, cada una con cualidades muy alteradas. Si pudiese hablar con Dios, le preguntaría por qué no les da luz y paz, ¿no lo merecen? Él todo lo perdona, eso me enseñaron. Ojalá pudiese, pudiéramos convivir en medio de este dolor, entre estas oscuras y frías paredes. No sé más qué puedo hacer para no ser una mala persona, ya no soy yo. Espero mi sentencia y si me tengo que quedar, me encomiendo a Él, pues sé que esto me va a superar y, si me voy, espero en la calle lograr olvidar. Alguien me dijo que olvidarse de esto y de estas personas es lo mejor que te puede pasar.

Quizá la errada fui yo al discutirle que me parecía muy frío ese pensamiento. Hoy me estoy dando cuenta de que lleva la razón, aunque parte de mí siempre va a creer que las personas pueden ser buenas si se lo proponen.

Bueno, como final dejo mi dolor de ver cómo se aniquilan los valores cuando no tienen y no conocieron quien las quiera de corazón y las ayudase a cambiar.

Muchas vidas se pierden por no valorarse a uno mismo.

49. Amor a la distancia

A veces te siento al lado mío y sé que es solo una ilusión. ¿Sabés? Es feo que te miren de reojo; vos siempre me dijiste que no te importaba, y yo te admiraba por eso. Nunca me reprochaste nada, aunque no me creías te mantuviste neutral, sin tomar partido así evitabas problemas… o por miedo, sí, es por eso. Con el paso de los años, logré entenderte y tuve la capacidad de estar en tu lugar… ¡Si te habré juzgado!

Tantos años tuvieron que pasar, tantos golpes, tantas ausencias, nuevas presencias que iluminaron nuestras vidas. Y yo siempre haciendo todo a mi manera, creo que desde que nací, ja ja, no dejé opción a nadie para que intervenga en mi vida. Nunca tuve un consejo tuyo, tampoco un “te quiero”. Tuve tu tiempo, pero no tu atención. Sin embargo, ahora ya estamos más cerquita… Bah, al menos eso creo yo. No solo para darte un abrazo, sino para darte las gracias por haber hecho todo sin hacer nada. Y para pedirte perdón (con un beso con mucho ruido), por haberte juzgado.

Hoy, muy a mi pesar, siento que he pasado por todos los lugares que nos fueron comunes a lo largo de nuestras vidas. No sé si estoy preparada o si lo estás vos, pero te lo digo lo mismo: ¡Gracias, ma! ¡Te amo con toda mi alma!

50. Misterio

Hace mucho tiempo que no llueve. La sequía desespera y compromete el futuro, que se torna incierto para todas; las esperanzas decaen, los rezos son insuficientes. Las grietas en la tierra, el polvo suspendido y la angustia los convierten en desahuciados niños, adultos, perros, gatos, árboles, almas y corazones.

Existen actualmente, aunque no se note, quienes miran al cielo e invocan a santos, hacen promesas, y piden a Dios por el agua tan bendita que lava los campos, prepara la tierra para los cultivos que son el pan nuestro de cada día y hasta limpia el alma. Los dos niños, de pronto, se encuentran con sus caritas alzadas pensando, rogando, pidiendo que una nube presagie lo que tanto esperaban. Sus padres desde bebés les inculcaron el amor a esa tierra que es al mismo tiempo hogar y cobijo de generaciones. Eso se siente, se lleva en la sangre. Y en ellos se ve. Sus miradas angelicales desnudan las almas inocentes y puras que prometen estudiar para que llueva, negocian no perder las esperanzas.

El papá espera, paciente, como siempre. Mamá ni la lluvia llegan. Todo es gris, falta poco y la primavera inminente lo anuncia, mientras él observa el ritual de sus hijos cada atardecer, cuando el sol difuso va escondiéndose en el horizonte salen solitos, con sus perros cada uno tras su amo. Llevan en sus manitos algo que el papá no logra identificar, parece un paquete pequeño, diminuto, casi invisible. Así se disponen todos los días a cumplir su ritual, ese misterioso momento de intimidad que los

dos niños realizan desde que no está mamá frente a la tumba de su nono debajo del algarrobal. Ahí, justo donde algunas noches se vuelan las palomas y una luz nítida de una blancura indescriptible hace su paso por el campo y vuelve a su reposo. Ahí, donde los dos niños buscan respuestas, seguramente harán preguntas y encuentran ese momento de paz que brindaban los brazos del nonito en vida. Ahí, justamente allí, es donde hay una velita encendida esperando ser apagada por un milagro ansiado por muchos. Llámese lluvia, llámese lágrimas de felicidad de mamá.

51. Hicieron un trato

Hicieron un trato, un pacto de amor eterno. Ella disparó primero.

52. Andá a lavar los platos

-¡Andá a lavar los platos!- le dijo él, muy macho detrás del volante de su nave.
Dicen los entendidos que para los "machos" el auto es la extensión del pene... Y este era de esos.
Ella solo lo miró, imperturbable, y aceleró varias veces para tentarlo, mientras el rojo del semáforo lo permitiera.
Apenas el verde asomó, se dieron a la carrera. Ella lo dejó acercarse, lo miró fijo y sonrió. Apretó el acelerador y él quedó como una sombra en el espejo retrovisor.
Sonrió de nuevo, ya con el desafío ganado y volvió a su actividad normal. Llegó al circuito de TC, donde ella era piloto, y comenzó a entrenar, en vistas a la carrera del próximo domingo.

53. Calor

El RCZ estacionó justo enfrente del expendedor de combustible que se encontraba en el medio del trayecto hacia la Costa Atlántica.
La noche porteña ya no prometía. Tanto alcohol, tantos excesos ya no colmaban sus expectativas. Su trabajo le demandaba tiempo, pero a la vez lo privaba del ansiado libertinaje al que estaba acostumbrado cuando estaba "bien".
Una noche calurosa en las que el sol aprieta hasta cuando llega la madrugada hizo de telonera para lo que le esperaba, lo que estaba por venir. Despachó tranqui al que parecía ser el último cliente mientras *"...yo no lo dí, yo no lo dí, yo lo prestéeee..."* sonaba a todo lo que daba en tremenda nave que lo invitaba, aún sin conductor aparente a bordo.
La transpiración le corría desde la nunca hasta el final de la espalda, no podía esperar más, necesitaba urgente refrescarse e ir al baño; las manos con olor a nafta no ayudaban en tal faena, así que se dispuso a abrir la puerta del sector de los sanitarios con una patada que, sin querer, fue a lo macho, como si un cowboy del lejano oeste se dispusiera a ingresar a una taberna por su tequila. El apuro, el calor, el apremio por regresar a su puesto hicieron que Cristian no reparara en la presencia de un joven a sus espaldas, que se encontraba en uno de los mingitorios, el de su derecha. Por el espejo, mientras el jabón líquido se mezclaba con el agua haciendo espuma en sus manos, en sus brazos fornidos y bien

torneados, veía su espalda, esa remera blanca básica que solo queda bien ahí, solamente ahí. Unos jeans celestes claros que dejaban ver el D&G en blanco también de unos bóxers exclusivos. No podía ser, ya la espuma era mucha, el jabón era demasiado y ya no había olor a nafta. El aire no tenía olor ni hedor a nada, solo había un silencio cómplice que invitaba a hacer algo más. ¿A qué? no sabía. O sí sabían. Ambos terminaron de hacer lo que tenían que hacer y al mismo tiempo decidieron emprender la retirada de lo que parecía ser un reto, un duelo de miradas que se cruzaron en el aire como espadas. Ninguno de los dos contaba con lo que verían, con lo que estaban sintiendo, tocando. Dos cuerpos como esos no cabían por la abertura de una puerta como esa. Un mínimo roce desató una infinidad de sensaciones, impulsos eléctricos que hablaban por sí solos de pies a cabeza. Ese pendejo hermoso igualito a Maluma lo tenía bien sabido y se la creía, tenía con qué. Retrocedieron, cerraron la puerta que da al exterior y también la del cubículo pequeño en el que escasamente entraban los dos de pie. La respiración acelerada hablaba; no eran necesarios gestos ni explicaciones, pues redundarían. El espectáculo recién empezaba. No hubo besos, no hubo caricias. Bastó una embestida de Cristian para que el gemido de Sebas se hiciera evidente, un poco de jabón líquido que tenía en el bolsillo Cristian ofició de nexo entre esos dos monumentos a Adonis, que de haber sido posible para mí, ese nexo hubiese sido yo. Nooo, por favor, no podía ser, tanta calentura junta me calentó; no me importaba tener que limpiar tanta leche derramada

en el piso… si hubiese sido mi boca, ay, Dios.
Me mantuve en silencio, invisible, casi muerta para no perderme ni un segundo de esa escena que acababa de presenciar. Se oyó un bramido ronco, casi exagerado, y luego una pausa que, cómplice, me indicó que eso había acabado. Salí de puntillas, como quien dice "aquí no ha pasado nada" y esperé a que el sector "caballeros" se desocupara. Él se fue, Cristian retomó su lugar en el surtidor al que llegó caminando muy lento y vi como el RCZ se retiraba con el eco de *"...yo no lo dí, yo no lo dí, yo lo prestéeee…",* sonando al palo.

54.

Cadáver exquisito
en la mesa dulce de tu casamiento
los murciélagos beben
y se reproducen los fantasmas entre sombras
La noche es más oscura porque le da paso al amanecer
pero en una noche eterna no sé si existe un
futuro de eterno resplandor
Lo que sí sé que existe…
la tristeza que llevamos por dentro.
Hay que dialogar para estar bien
Para mí no es necesario
caerle bien a todo el mundo
buscar lo que nos haga bien
aunque acabemos todos en la muerte,
mejor ser un cadáver exquisito.

55. Nosotras

Espero, llego y me libero.

Encuentro respuestas a preguntas que jamás se hicieron.

Quién, dónde, por qué, hoy, mañana. ¿Ayer? Un momento como este, que es la despedida, pero tiene algo muy lindo. ¡¡¡Haberlas conocido a ustedes en un lugar como este!!!

Sumergirse en lo absurdo es abandonar lo siempre igual. Reconocer que lo que hicimos todas las veces de la misma manera, hoy ya no nos convence.

Nosotras venimos, vamos, llegamos.

Fuimos construyendo los días y las tardes a nuestro modo, a nuestra manera, pero siempre siendo nosotras...

Confianza para mirar de frente, mostrarnos, ser efectivamente nosotras, aprender, descubrir historias.

Un grupo más que humano.

Ellas, nosotras.

Gracias por estar.

Nosotras, que nos queremos tanto…

Y, a veces, olvidamos ese amor, lo dejamos a un costado para seguir andando.

Un día, una vez, un par de horas. Acá estamos. El tiempo se detiene.

Jueves, maravilloso día para compartir lo mejor de nosotras.

Olvidar el espacio en el que estamos, no contar los minutos que pasan, sorprenderse cuando el tiempo se acabó.

Mi alma y sentimientos se disparan en este lugar y en este día.

Esperar a que llegues, postergar todo y no perderte.

Un paso en falso, diez hacia adelante:

se cruzaron y marcaron un rumbo. Desdibujados algunos y bien definidos otros.

Siempre te llevan, te traen, te pierden.

Si no existen, no importa, es mejor crear uno. Caminos oscuros son los que estoy transitando.

Escribir me dio la luz y la libertad de la mente.

Caminos que llevan a nuevos lugares, nos permiten llevar nuestras vidas, nuestra historia a nuevos escenarios.

Caminos que faltan recorrer hacia nuestro destino, pero siempre seguras de nosotras mismas.

Como cuando ves que te llaman, pero no importa.

Como cuando se te va la mente, la vida, el corazón por un momento. Escribís, buscás encontrarte con algo.

Qué buena frase, ¿no? Es como tirarse al río y no saber nadar: bucear sin agua.

Abrazar el absurdo, suspender la lógica, darle nuevos sentidos a las viejas y desgastadas palabras.

En duros momentos junto a ellas me sentí libre.

Es buscar oxígeno donde parece que no lo hay, respirar ese aire que purifica lo esencial.

Bucear sin agua es tirarse a una pileta sabiendo que vas a salir volando.

Índice

32. Silencio (Mónica)
34. Puta hija de puta (Nati)
35. Me dijo Gorda (Maricel)
36. El negocio (Maricel)
37. Te acercaste esa noche (Cele)
38. Lo que queda (Marie)
39. Los monstruos son pesadillas de muchos (Mónica)
40. Elijo desear (Mónica)
41. … (Marie)
42. Insistencia (Cele)
43. Un soplido en la nuca (Maricel)
44. Todxs somos unx monstrux para alguien (Cele)
45. Imagen (Maricel)
46. Vivir entre rejas (Mónica)
47. No me gusta este lugar (Sofi)
48. ¡Harta! (Mónica)
49. Amor a la distancia (Maricel)
50. Misterio (Maricel)
51. Hicieron un trato (Maricel)
52. Andá a lavar los platos (Verónica)
53. Calor (Maricel)
54. Cadáver Exquisito
55. Nosotras

p.s.

Si el libro es instrumento de saber, es arma de guerra:
palabra escrita que viaja por los cuerpos de quienes
quemados aún sueñan con el viaje, la excursión,
el sin sentido liberador: el deseo de lo imposible
(que no es el deseo de lo inasible).
En franca tensión fraudulenta con este
mundo literario -y literal-,
aparece BORDE PERDIDO EDITORA:
espacio-movimiento para (re)encontrarnos
quienes lean, escriban, editen:
actora-movimiento, acción-insinuación, intriga-movimiento:
proyecto laboral de edición de escritorxs sean
de los espectrales territorios que nos rodean o no, sean
de esta tierra, la tierra de los vivos que mueren, o de la otra,
la tierra donde viven los que mueren o no.
Entre ese espacio de muertos y vivos,
de muertos-vivos, y de vivos-muertos,
aparece la fantasmática BORDE PERDIDO.

SOBRE BORDE PERDIDO EDITORA

BORDE PERDIDO EDITORA es un proyecto independiente y autogestivo de la ciudad de Córdoba, Argentina, que comenzó su trajinar editorial en 2013, y tiene como premisa poder cruzar, atravesar y habitar las prácticas de la literatura y las artes visuales. Sabiendo la endeble línea que divide géneros la editora lleva adelante desde su comienzo tres colecciones: Colección Narrativa, Colección Poesía y Colección Dibujo. Recientemente inauguramos las colecciones *Poesía Encendida* y *Narrativa Encendida*, las cuales apuestan a óperas primas de autores divers*s. En 2017 dimos a luz la colección Golpe Ciego, la cual reúne textos de ensayo y pensamiento crítico.

El concepto con el cual armamos el catálogo de BORDE PERDIDO tiene que ver con los compromisos y pasiones asumidos por lxs editores y l*s autores con sus obras y trabajos, compromisos de orden existencial, ya que no concebimos un arte separado de la vida.

Nuestras ediciones se caracterizan por una fuerte impronta visual que cuida tanto del diseño de interior como del diseño y arte de tapa, que siempre lleva una obra visual realizada para la ocasión. Muchas de las ediciones del BORDE incluyen, a modo de epílogo, un texto crítico que intenta ofrecer una mirada, una lectura, de la obra publicada.

Pensamos a BORDE PERDIDO como un proyecto laboral que intenta resignificar el trabajo editorial, manteniendo un trato cercano con l@s autores, cuidando en detalle las ediciones, y generando modos de circulación diversos.